

EL VIGILANTE

por

SHERIDAN LE FANU

CAPITULO PRIMERO

HUELLAS

Allá por el año 1794, el hermano menor de un barón, a quien llamaré Jaime Barton, regresó a Dublin. Había servido en la marina, con cierta distinción, habiendo mandado una de las fragatas de Su Majestad, durante la mayor parte de la guerra americana. El capitán Barton tenía, al parecer, de cuarenta y dos a cuarenta y tres años. Era un compañero agradable e inteligente, cuando estaba de buen humor, aunque generalmente era reservado, y a veces, hasta extravagante.

No obstante, en la sociedad se portaba como un hombre de mundo y un caballero. A pesar de los años transcurridos navegando, no adquirió los hábitos bruscos, naturales en los marineros; sino al contrario, parecía un perfecto hombre de salón. Era de mediana estatura y robusto, y su rostro de líneas acusadas, tenía una agradable expresión grave y melancólica.

Su aspecto personal, el nombre de familia y su posición, le abrieron de par en par, las puertas de la mejor sociedad de Dublin.

En sus necesidades personales, el señor Barton no gastaba mucho. Habitaba una linda casa en una de las calles aristocráticas del lado Sur, y tenía sólo un criado y un caballo, y aunque se le juzgaba hombre de ideas avanzadas y libre pensador,

llevaba una vida ordenada y absolutamente moral, careciendo en absoluto de vicios.

Por consiguiente, siendo Barton prudente, ahorrador y poco sociable, según todos los indicios, mantendría su celibato contra todos los asaltos de las jóvenes, y era posible que muriese de vejez y dejara toda su fortuna a un hospital o asilo.

De pronto, los chismosos se dieron cuenta de que no interpretaban bien los sentimientos del capitán Barton.

En un baile, le fué presentada por su tía, la rica viuda *Lady L.*, una encantadora joven llamada Clara Montague. Se trataba de una muchacha de alegre carácter, inteligente y muy linda, digna de ser elegida reina de los salones.

Sin embargo todas esas cualidades no le proporcionaron más que una admiración insubstancial, pues la joven tenía algo peor que un defecto, ya que por toda dote, solo aportaba al matrimonio su inteligencia y atractivo personal.

Conocidos tales antecedentes, no es de extrañar la sorpresa que ocasionó la noticia de su formal petición de mano, por el señor Barton, hecho que su tía, *Lady L.*, halagada por su perspicacia, se cuidó de esparcir por todos los ámbitos.

Para formalizar el compromiso matri-